

CAPÍTULO XIV.

EL 30 de Enero de 1836, siete dias despues del arresto ejecutado contra los condenados de Paris, y como si los dos negocios tuviesen alguna relacion entre si compareció ante la cámara de los pares el asesino del 28 de Julio.

En el intervalo de tiempo que ha trascurrido llegaron á saber su verdadero nombre.

Se llamaba José Fieschi; habia nacido en el canton de Vico en Corso, el 3 de Setiembre de 1790. Cansado de ser pastor como lo habia sido su padre, á los diez y ocho años se enganchó voluntariamente en un batallon que iba á Toscana; de ahí pasó á Nápoles donde se incorporó á la legion corsa; hizo la guerra de Rusia, y era sarjento en un regimiento bajo las órdenes del general Franceschetti; licenciado en 1814, habia vuelto á Corso, y entró en un regimiento provincial que se disolvió despues de los Cien Dias. Entretanto Murat preparaba su expedicion de Calabria; Franceschetti siguió al anciano rey de Nápoles, y Fieschi siguió al general Franceschetti. Abortada la expedicion de Calabria, Fieschi volvió á Corso, y no sabiendo que hacer, robó, fué condenado por este robo, en 1816, á diez años de reclusion y á la argolla. Llegó 1830; Fieschi, salido despues de cuatro años de prision, se hizo pasar por condena-

do político, solicitó y obtuvo en esta calidad una pension; vino á Paris, fué admitido en la policia de M. Baude, y encargado de vigilar las reuniones políticas; nombrado contraestrate de los trabajos que se hacian en el acueducto de Arseuil, se cogió el dinero de los obreros, é hizo para reemplazarlo, falso; cambió de nombre para sustraerse á las pesquisas de la policia, y bajo el de Girard, que se creyó el suyo, vino á alquilar la habitacion del bulevar del Temple, núm. 50, donde se cometió el crimen del 28 de Julio.

Gracias á Dios! Semejante miserable no pertenecia á ningun partido.

Aun hay otro hecho que hace honor á la naturaleza humana, y es que este hombre era horrible; era difícil encontrar mas audacia, mas arteria, mas concupiscencia, mas astucia baja y servir que la que se pintaba en esta cara llena de cicatrices; añadid á esto el acento engañador del patués corso, una agitacion eterna, y tendreis una idea del aspecto que presentaba Fieschi cuando se le condujo ante sus jueces.

Junto á él se sentaron dos hombres, acusados de complicidad en la perpetracion del crimen.

Otros dos, agobiados por cargos menos graves, parecian no estar acusados sino de no haber revelado.

Los dos cómplices de Fieschi; Morey y Pepino, presentaban dos tipos muy diferentes.

Morey era un anciano de sesenta y ocho años, de cabellos blancos, frente pálida y rostro impasible.

En este rostro que parecia ya pertenecer á un cadáver, solo los ojos, fijos, sombríos, llenos de fuego, permanecian animados.

Bajo este exterior simple y debilitado, se conocia que habia una voluntad implacable; revolucionario en 1793, lo era todavia en 1835; nada habia cambiado en él mas que el es-

terior, el alma era la misma y no habia faltado un solo instante á este cuerpo decrepito.

Lo habia comprometido la querida de Fieschi, Nina Lassave, quien, viniendo de la Salpêtrière y viendo invadida la habitacion de su amante, se refugió en casa de Morey; pero respondió el viejo conspirador, con tanta calma, á las preguntas que se le hicieron, que se le puso en libertad.

Una maleta que Fieschi mandó á su casa dos horas antes de la perpetracion del crimen, hizo sospechar de nuevo á la policia. Arrestado segunda vez, no salió de la prision mas que para comparecer ante la cámara de los pares, y marchar al cadalso.

Pepino, por el contrario, escesivamente débil y pusilánime: era el tipo de los rateros parisienses. Era la primera vez que representaba el papel de conspirador, y lo deshonoraba con su cobardía.

Comprometido en los negocios de Junio, habia sido puesto en libertad: sospechoso en el atentado del 28 de Julio, llegó á salir de Paris; se le creyó en el extranjero, é iban á pedir su estradicion, cuando la policia tuvo aviso de que se ocultaba un hombre en el bosque de Grécy. M. Gisquet dió órdenes y arrestaron á Pepino en Magny, en un armario, donde se habia refugiado en camisa, luego que los gendarmes tocaron su puerta.

Los dos hacian parte de la sociedad de los derechos del hombre, Pepino como gefe de la sesion, Morey como simple miembro.

Los otros dos Boireau y Bescher, eran simples obreros; Boireau sabia que existia un complot; pero, por declaracion de Fieschi, no sabia otra cosa; en cuanto á Bescher, se reconoció que su único crimen era, haber prestado su libreto á Fieschi, á peticion de Morey.

Ahora, como habian obligado á Fieschi, no solo á confesarlo todo, sino tambien á representar este papel de asesino mata-siete, que le valió por un momento la curiosidad de

los bobos, y para siempre el desprecio y la repulsion de la gente honrada.

M. Dufresne, inspector de cárceles, creyó reconocer á Fieschi por haberlo visto en la manufactura de los Gobelins, que dirigia el señor coronel de Ladvocat.

Introdujeron á M. Ladvocat en la prision de Fieschi y lo reconoció á su vez.

Desde entonces ya no ocultó Fieschi ni su verdadero nombre, ni su condicion; acababa de adoptar nuevo sistema de defensa.

Esperaba, confesando é interesando á M. Ladvocat en su causa, hacer conmutar su pena, y escapar así de la muerte.

Así es que este hombre obraba en todo con vileza y cálculo, hasta en el falso sentimiento de gratitud que manifestaba á su antiguo patron que habia llegado á ser su protector.

Es preciso decir tambien que Fieschi habia visto asegurada esta creencia de impunidad por los mas altos personajes, que esperaban sin duda, que sus revelaciones no se reducirian solo á un simple guarnicionero y á un comerciante oscuro; ¡y les hubiese sido tan grato hallar enredada á esta clase de enemigos en la trama infame de un asesinato!

Pero por desgracia Fieschi no podia decir mas de lo que habia: acusó á Morey que le escuchó impasible, y sin comoverse un solo músculo de su estoica fisonomía: acusó á Pepino que le escuchó lívido de terror y con negaciones convulsivas; pero solo hasta aquí llegó, como lo hemos dicho, el número de sus denuncias.

Durante todo el tiempo que duró este horrible proceso, se dió á la Francia y al mundo entero el espectáculo mas horroroso. Los personajes mas elevados se pusieron de acuerdo con Fieschi: ya uno le daba dinero, ya otro le escribia sin escrúpulo, y por un instante, los autógrafos de Fieschi fueron casi tan solicitados como debian serlo mas tarde los autógrafos de Lacenaire, faltando muy poco para que no

los cootizasen en la Bolsa, y se jugase sobre ellos á la alta y baja.

M. Pasquier logró hacer una preciosa coleccion.

Despues de un proceso de quince dias al fin del cual Pepino pareció haber adquirido un poco de firmeza, y durante el que la impasibilidad de Morey no se desmintió un momento, la corte de los pares condenó á Fieschi, á Pepino y á Morey á la pena de muerte, y á Boireau á veinte años de presidio: en cuanto á Bescher se contentaron con ponerlo en libertad dándole por compurgado.

Los tres cómplices recibieron la noticia del fallo, segun sus caracteres: Fieschi con un nervioso gesto de burla; Morey con su impasibilidad habitual, y Pepino con una resignacion que no carecia de grandeza.

Pepino, revestido ya del saco de los condenados y en medio de sus guardas, parecia al hablar con sus defensores que no pensaba mas que en su mujer y en sus hijos.

Morey, á quien se le ofrecia veneno, reflexionó un poco; despues—No—dijo, mejor quiero que mi sangre caiga sobre su cabeza.

En cuanto á Fieschi, impudente hasta el extremo, escribió al arzobispo de Paris pidiéndole permiso para oír una misa. Y añadia: “No olvidéis, monseñor, que la primera misa fué ayudada por el ladron penitente.”

El 19 de Febrero al despuntar la aurora, el abate Grivel entró en el calabozo de Fieschi y le previno que ya habia llegado la hora de que se preparara para morir.

—Es imposible, esclamó Fieschi, mirando al confesor con hoscos ojos.

La víspera habia afirmado á su abogado que no solo se le habia prometido la vida, sino que hasta se habian comprometido á enviarlo á América con una pacotilla.

Entonces su abogado sacudiendo la cabeza le habia contestado:

—Fieschi, no os alucineis con tal esperanza, porque el per-

derla os seria muy cruel, y tal vez os abandonaria vuestro valor en el momento de necesitarlo mas.

—En último caso, replicó Fieschi, si se me falta á la palabra que se me ha dado, Nina Lassave se postrará ante la mariscal Mortier, y esta intercederá por mí con él que me concederá su gracia.

—Todo eso es posible, dijo M. Patorny; pero sin embargo, no os fieis.

—Escuchad, dijo entonces Fieschi mostrando los puños, vos me habeis prestado algunos libros ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues bien, si me ejecutan, vos pedireis que se os devuelvan, y en alguno de ellos encontrareis escritos detalladamente los compromisos que se habian contraido conmigo.

Despues de la muerte de Fieschi, M. Patorny registró todos los libros inútilmente, porque no encontró nada.

En la noche del 18 al 19 se levantó el cadalso en la barriera de Santiago; y al amanecer de este último dia, el abate Grivel entró, como ya lo hemos dicho, en el calabozo de Pepino para prepararlo á la muerte.

Fieschi recobró poco á poco toda su jactancia, porque tenia esperanzas aun. Entre las infinitas atenciones que con él guardaron, uno tuvo la de enviarle excelentes cigarros: Morey fumaba; Fieschi tomó uno de esos cigarros y se lo mandó en señal de reconciliacion.

Morey le rehusó: Pepino al contrario, le tomó y le fumó.

Abrióse por fin la sala en la que cuando son varios los condenados, se les hace la mortuoria *toilette* á todos á la vez. Pepino sufrió con resignacion esta terrible prueba: Morey se manifestó impasible como siempre, y Fieschi no cesó de repetir mirando hácia la puerta:

—M. Ladvocat..... por qué no vendrá M. Ladvocat? Despues apretando los dientes:

—Oh! padre mio, dijo al abate Grivel, si él no viene estoy condenado.

En fin, anuncióse á los reos que habia llegado la hora y que era preciso marchar: tres carretas esperaban abajo de la escalera y cada uno montó en la suya.

—De hecho, dijo Fieschi al sentarse, no debia admirarme de lo que me pasa.

—Y por qué?

—Porque desde que hice mi espedicion á Calabria me predijo una adivina que moriria guillotinado con el alma alegre. Ya veis que no me engañó.

Al dar las ocho el cortejo fúnebre llegó á la barrera de Santiago. Tres filas de soldados rodeaban el cadalso: abrióse este viviente muro y por su brecha pasaron los tres condenados.

Despues volvióse á cerrar la brecha tras de ellos.

Detuviéronse las carretas: Fieschi siempre agitado, siempre impaciente, saltó el primero: Pepino bajó con aquella calma que no le habia abandonado desde que pareció haberse despedido de la vida; á Morey fué necesario que lo apearan.

Entonces este, con la primera sonrisa que habia vagado en sus labios:

—No es el corazon el que me falta, dijo, son las piernas.

Todos tres con las manos atadas á la espalda se colocaron junto al cadalso.

Allí los padres hicieronles las últimas exhortaciones y aproximaron el crucifijo á sus labios.

Pepino, que habia ido fumando en el camino, arrojó su cigarro para besar al Cristo.

En este momento se acercó á él un comisario de policia.

—Si quereis hacer algunas revelaciones, le dijo, se suspenderá vuestra ejecucion.

—Nada tengo que revelar, contestó Pepino, y como es-

toy ya bien preparado para morir, vale mas que sea de una vez.

El comisario se retiró.

Los verdugos se acercaron á Pepino:

—Venid, le dijeron.

—Ah! se empieza por mí? dijo Pepino, y saludando á Morey con la cabeza, dió un paso hácia adelante.

Echáronle una capa amarilla sobre la espalda, y con paso firme subió así las gradas del cadalso.

Llegado á la plataforma se detuvo.

Se conoció que deseaba hablar, y el mas profundo silencio reinó entre los espectadores.

—Muero inocente! Soy una víctima!.... esclamó Pepino, adios!....

Luego dirigió una última mirada al cielo, y se entregó él mismo á los verdugos.

Morey le siguió: ya cerca de la báscula el ejecutor colocó su mano sobre él con tanta violencia que desgarró el cuello de su chaleco de franela.

Entonces, volviéndose hácia este hombre:

—Para qué romper el chaleco? le dijo con dulzura. Si no le quereis podria servirle á algun pobre.

Al terminar estas palabras le arrancaron su gorro negro de seda, y sus blancos cabellos flotaron á merced del viento.

Aquella cabeza blanca y grave produjo un grande efecto en la multitud: elevóse un rumor sordo, y no se estinguió hasta que la cabeza del anciano cayó tronchada por la tajante cuchilla.

Restaba Fieschi.

—No me abandoneis sino lo mas cerca posible de la eternidad, habia dicho al abate Grivel, y este, fiel á su mision, subió á su lado hasta la plataforma.

El sacerdote le hizo besar el crucifijo por última vez.

—Desearia, para daros las gracias, que me fuese permiti-

do de aquí á cinco minutos poder venir á daros noticias del otro mundo, le dijo Fieschi.

Estas fueron sus últimas palabras. Tendióse él mismo sobre la báscula como si desease precipitar su muerte.

Vióse claramente que era el que habia mostrado menos ánimo de los tres.

He aquí la parte que cada uno de ellos habia tenido en el crimen:

Pepino habia dado el dinero para alquilar el cuarto.

Morey habia fabricado la máquina infernal y cargado los fusiles.

Fieschi habia prendido fuego.

Dos dias despues, la plaza de la Bolsa estaba escombrada de curiosos que se apiñaban á la puerta de un café: iban á ver á Nina Lassave, la querida de Fieschi, con quien el dueño del establecimiento habia celebrado una contrata, colocándola en su despacho.

Uno de los caracteres mas marcados del reinado de Luis Felipe fué esa vergonzosa especulacion, de la cual el hecho que acabamos de citar no es uno de los mas tristes ejemplos.

CAPÍTULO XV.

MIENTRAS trascurrian los acontecimientos que acabamos de narrar, M. Thiers habia quebrado con M. Guizot y llegado á ocupar la presidencia del consejo.

Sin embargo, el primer ministerio tal cual lo habia establecido M. Thiers, se habia desecho por una calaverada de Humann que subitamente habia propuesto en pleno consejo la reduccion de la deuda.

Dos dias despues de la muerte de Fieschi y de sus cómplices, es decir, el 22 de Febrero de 1836, el ministerio quedó reconstituido del modo siguiente:

M. Thiers, ministro de relaciones exteriores y presidente del consejo.

M. Sauzet, guardasellos, ministro de justicia.

El conde de Montalivet, ministro del interior.

M. Passy, ministro de comercio y de trabajos públicos.

M. Pelet, ministro de instruccion pública.

M. d'Argont, ministro de hacienda.

El almirante Duperré, ministro de marina.

El mariscal Maison, ministro de la guerra.